

Aquella Misa del Gallo

Siempre la recordaré aquella misa del gallo, en una parroquia rural enclavada al pie de una colina. Fuimos invitados a ella y el ofrecimiento nos gustó. La soledad del paisaje, la sencillez de las gentes que nos acompañarían, las escenas rurales, todo aquello ya conocido nos incitaba a acudir a aquella cita religiosa, única y grandiosa. Y en el atardecer precedente a la noche señalada, formábamos parte de una familia que, en su manso, se hallaba reunida alrededor de un respetable fuego en el espacioso hogar. No eran solamente las paredes de aquella estancia las que parecían cobijarle a uno, sino la presencia de los muchos y muchos años que presidía aquel interior. Se nos ofreció sentarnos en el escaño frente al fuego, y después de oír una aclaración, nos sentimos honrados con una de las mayores distinciones hasta entonces recibidas. «—Aquí se sentaba mi padre, y antes, el padre de mi padre». Una generación se iba sucediendo a otra en aquel sitial venerado, con la mayor prueba de fidelidad al recuerdo. Así nos resultaban ser aquellas gentes sencillas, casi toscas, pero tan admirables.

El repique de la lejana campana nos anunció que se aproximaba la hora de la misa, y sin preámbulos, nos preparamos para ponernos en marcha; para ello no bastaba otra cosa que ponernos algo que nos protegiera del frío. La noche era clara, límpida, igual a como debió serla allá en Belén. Miramos a las estrellas, pensando en aquella que guiara a los Reyes Magos, mientras que de vez en cuando nos llegaba el sonido de la campana, sonido limpio, lleno de la placidez augusta que le envolvía. Era nuestro guía en aquel camino campestre, endurecido y crujiente por la helada.

Llegamos a la pequeña parroquia y antes de penetrar quise admirar, de noche, la lejana colina tantas veces contemplada a la luz del día. La silueta de sus montañas se recortaba, nitidamente, en la claridad del cielo. Todos sus picos eran inconfundibles. Luego, pensativo, me uní al grupo para entrar en el reducido templo.

Algunas gentes de la ruralia nos habían precedido. Nuestra presencia forastera les avivó, disimuladamente, su curiosidad, pero enseguida volvieron para su compostura. En aquel recinto sagrado seguía la misma sencillez de siempre, la misma humildad de siempre, pero con la más alta elocuencia de siempre. Y aquella noche, en aquella parroquia rural enclavada al pie de la colina, su elocuencia se veía adornada con la exposición, a los ojos de los feligreses, del Niño-Dios en su humilde cunita, como expresión del más grande misterio que conociera el mundo.

Tuvo lugar la misa, sencilla para aquella gente sencilla, de probada fe. Y la plática de palabra fácil, inteligible. Luego, la veneración, siempre infantil, del Niño. Aquella vez, muy recoleta la veneración. Casi acercándose a la de los pastorcillos.

Volvimos sobre nuestros pasos. Los mismos senderos, los mismos caminos helados y crujientes. Caminamos silenciosos, cada uno guardando el misterio de aquella noche. Momentos después, el manso volvía a cobijarnos, para pasar la noche. A través de una pequeña ventana se descubre un retazo del cielo y contemplándolo, nos quedamos sumergidos en la inmensidad de un sueño celestial...

Lorens

UN REGALO EXQUISITO

UN OBSEQUIO DE CALIDAD

Relojería Joyería

ROURA

CALLE SAN ANTONIO. ESQUINA VERDAGUER

TELÉFONO 356

SAN FELIU DE GUIXOLS

Bahía

Restaurante - Bar

**GRAN FIESTA
DE FIN DE AÑO**

“CONJUNTO BAHÍA”

BAILE EN DOS MAGNIFICAS PISTAS

SELECTO Y VARIADISIMO BUFETE

RESERVA ANTICIPADA DE MESAS



Se recuerda al distinguido público que
la entrada al local será por riguroso ticket